

Cordero con cara de niña

Agostina
Alterini



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Cordero con cara de niña

Agostina
Alterini



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Capítulo 1

Me dijeron que vine acá para sanar, pero en realidad vine porque algo en mí se pudrió sin hacer ruido, se pudrió sin que nadie lo notara, y cuando al fin me animé a mostrarlo, me miraron como si el olor fuera culpa mía, como si yo lo hubiera elegido, como si hubiera abierto las piernas del alma y dejado entrar la mugre. Me dijeron que fue por mi bien, que necesitaba espacio, contención, paz espiritual, pero yo sé que vine porque grité una vez en la cena, y eso bastó; grité con la garganta rota, con la saliva amarga, con todas las palabras que me habían dicho que no dijera jamás, y mi tía dejó caer la copa de su mano como si el demonio se hubiera colado en la sobremesa, mi primo se persignó como si me viera levitar, pero yo no levitaba, no temblaba, no lloraba: sólo estaba cansada de que me miraran como a un objeto trizado que había que lijar con paciencia cristiana hasta que dejara de ser peligroso, hasta que ya no cortara a nadie. Y así, sin más, sin aviso, sin juicio ni jurado, terminé acá. Con una valija vieja, dos mudas de ropa y una carta firmada por un médico que ni siquiera me miró a los ojos.

No lo grité de golpe. Fue una acumulación, una herida que crece por dentro como moho en las paredes, invisible hasta que ya no se puede respirar. Esa noche la cena olía a carne hervida, a ajo quemado y perfume barato. Mi tía sirvió las porciones como

quien reparte penitencias: un trozo a cada uno, sin mirar, sin hablar. Mi primo me rozó la pierna debajo de la mesa. No fue la primera vez. Fue la última.

Primero se me cerró la garganta. Después me tembló la mandíbula. Y entonces la cuchara se me cayó de la mano, como si el cuerpo supiera antes que yo que estaba por romperse.

—¿Todo bien, Maggie? —dijo mi tía, con esa voz que corta la culpa como si fuera queso blando.

Y ahí lo grité. Con saliva. Con restos de estofado todavía en la boca. Con todo lo que me habían hecho tragar desde los nueve años y que no tenía ya espacio donde guardarlo. No fue una palabra. Fueron muchas. Sueltas. Sucias. Cortadas.

El silencio que siguió fue lo más parecido al fin del mundo. Mi tía dejó caer la copa. El vino se esparció como sangre dulce sobre el mantel bordado por mamá. Mi primo se persignó. Yo respiraba como si acabara de parir algo por la garganta. No lloré. No pedí perdón. Sólo los miré.

Y entonces lo entendí: no se castiga al que hace el daño, sino al que lo nombra.

Mi tía me llevó al baño. Me lavó la cara como si me estuviera sacando el demonio con un repasador. Me dijo que no lo contara de nuevo. Que la familia no se rompe por pavadas. Después me vistió como a una muerta: ropa limpia, valija con cierre trabado, una carta ya firmada. Y me mandó con un chofer que no dijo una palabra en todo el camino.

Cuando llegamos a Santa Dymphna, me hicieron llenar un formulario. Preguntaban si creía en Dios, si menstruaba con regularidad, si había tenido pensamientos sexuales. Me pidieron que los anotara. Cada uno. Como si la mente pudiera escribirse sin mentir. Mentí. Pero no del todo.

Escribí: “*Soñé con un Cordero. Tenía mi cara. Me hablaba.*”

Nadie dijo nada. Me dieron una túnica. Me sacaron el reloj. Me metieron en una habitación con paredes blancas y olor a plástico virgen. Me dijeron: “*vas a estar bien*”.

Y yo pensé: “*quizá sí*”. O quizá ya era tarde para desear estar bien.

Dicen que este lugar es seguro, que tiene nombre de santa mártir: Santa Dymphna. Una niña a la que su padre quiso coger y ella no quiso y entonces la mató. Y ahora es santa. Patronal de las locas. Qué ironía tan hermosa, tan cruel, tan femenina. Si pudiera hablar con ella, le preguntaría si vale la pena quedarse quieta mientras te parten en dos por decir que no. Y si me respondiera, creo que su voz sería como el olor de este lugar: una mezcla viscosa de lavanda vieja, leche tibia y lejía, como si todo acá quisiera parecer limpio, pero algo se pudriera igual, algo invisible, algo suave y venenoso. Las paredes están pintadas de blanco, el color del hospital y del sacrificio, y hay crucifijos en todos lados: arriba de las camas, sobre los platos de sopa aguada, en los pasillos, hasta en los baños, como si Dios tuviera que supervisar cada evacuación, cada lágrima, cada intento de no cortarse. Jesús nos mira cuando dormimos, cuando orinamos, cuando no podemos respirar del miedo. Siempre clavado, siempre sangrando, siempre perdonando.

Me llamo Magdalena, pero prefiero que me digan Maggie, aunque antes lo odiaba. Antes me sentía desnuda cuando lo decían, como si me desvistieran con cada sílaba. Mi madre decía que era un nombre hermoso, que era un nombre para las mujeres que lloraban mucho, pero no se morían, un nombre de sobreviviente, decía ella. A mí me suena a nombre de mujer usada. Mujer que besó pies de hombres que se creían dioses. Mujer que derramó perfume caro en su propia tumba. Mujer que entendía demasiado y por eso la confundieron con una prostituta. Si te llaman Magdalena, es porque ya saben que vas a romperte. O porque esperan que no te quejes cuando te rompan.

Acá nos dan pastillas todas las mañanas. Como si fueran hostias. Rosadas, blancas, azules. Pastillas dulzonas, que se pegan al paladar. Pastillas para olvidar, para calmar, para cerrar. Hacemos fila con las manos abiertas, como niñas en la comunión, y la hermana Inés nos observa como una pastora cansada de sus ovejas, pero que igual las cuida porque le enseñaron que el amor duele. Dice que avanzo porque no hablo. Dice que el silencio es una forma de oración. Yo quise preguntarle si Dios estaba orando cuando le rogué que mi padre se detuviera y no lo hizo. Pero no dije nada. Sonreí. Y creo que eso le dio más miedo que cualquier cosa. El silencio no es ausencia. El silencio es amenaza.

Todo acá es suave, tan suave que me dan ganas de gritar sólo para romperlo. Suaves las voces, las camas, las reglas, los castigos. Suave el camisón blanco que nos dan para dormir, como si no fuéramos personas sino fantasmas. Nos quitan los espejos, las cuchillas, las palabras. Sólo hay espejos en la capilla, dicen que es para que nos veamos como Dios nos ve. Yo creo que es para que no nos veamos en absoluto. Las otras chicas juegan mejor que yo. Juegan a estar sanas. Juegan a estar limpias. Algunas ya sonríen todo el tiempo, con esa sonrisa enlatada que parece arrancada de una propaganda de yogures. Otras sólo miran al piso y obedecen, como si supieran que oponerse es morir. Luciana, por ejemplo. Luciana duerme con un peine debajo de la almohada, lo sé porque una vez me lo contó, y sueña con su madre gritando. Tiene las muñecas tan delgadas que parecen palillos de incienso de iglesia. Me mira a veces, con miedo, como si yo fuera la enfermedad.

Mi hermana estuvo acá. Hace dos años. Dicen que se fue. Que completó el programa. Que volvió a casa. Pero nunca volvió. Nadie lo sabe. Porque yo firmé con el apellido de soltera de mamá. Como una mentira piadosa. Como una oración escondida. Quiero creer que sigue acá. En las paredes. En los pasillos. En las voces que oigo a la madrugada. A veces creo escucharla

tararear ese arrullo que cantaba cuando yo tenía miedo. Pero siempre se calla antes de que pueda girar la cabeza. Así funcionan los fantasmas. No dan explicaciones.

No quiero exagerar. No quiero parecer trágica. Sólo digo las cosas como las siento. Como las oigo. Como se me meten en la piel. No me importa si suena mal. Yo quiero sonar como un disco rayado que aún grita. Quiero sonar como algo que duele, pero no se calla. Como algo que no saben cómo arreglar.

Me dijeron que vine a sanar. Yo creo que vine a recordar. O a dejar que algo me devore. Al final, da lo mismo: una resurrección también es una mutilación. Te devuelven a la vida, pero nunca entera.

Nos sentamos en círculo como si estuviéramos por invocar algo. Las sillas son rosas, de ese rosa que parece pedir disculpas. Rosa carne. Rosa piel. Rosa útero. En la esquina hay una planta de plástico muerta, marchita, inclinada como si se estuviera rindiendo. La hermana Inés llega con su cuaderno, su lápiz que nunca garabatea, su cara de estatua. Nos pide que compartamos “*algo que pese en el espíritu*”. Yo quiero decirle que todo pesa. Que me pesa el aire, el camisón, la garganta, las ganas de hablar. Pero me distraigo con el ruedo de mi vestido. Luciana habla. Dice algo sobre su peine. Dice que cuando lo esconde, sueña con su madre. Inés anota. Dice que los sueños son cavidades donde Dios nos dice la verdad. Me río. Un ruidito. Un suspiro. Pero suficiente para que todas giren. Como girasoles podridos. No por luz, sino por escándalo.

—Maggie —dice Inés—, ¿quierés compartir algo?

Quiero decir que no. Que ya compartí suficiente. Que me pidieron mis pecados en una lista y después me dijeron que rezara sobre ellos como si fueran un perro atropellado. Pero asiento. Fingir es una forma de sobrevivir.

—Soñé con un Cordero —digo—. Tenía cara de nena.

Un silencio. No muy largo. Pero espeso. Como incienso podrido.

—¿Qué creés que significa? —pregunta Inés, con esa voz mansa de víbora de iglesia.

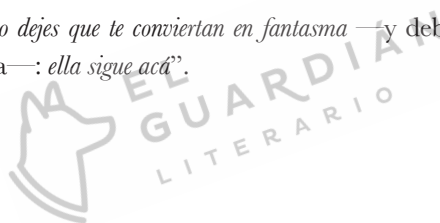
—Creo que significa que yo no soy la que va a salvarse.

Y entonces el silencio cambia. Es otro. Es el silencio que antecede a la lapidación. Una chica se persigna. Otra se agarra el cuello. Inés no anota nada.

Me agradece. Pregunta al grupo cómo se sienten con “esa vulnerabilidad”. Una dice que es inquietante. Otra que es “honestá”. Yo no digo nada. Sólo siento que las manos me hormiguean, como si fueran ajenas. Como si me las hubiera robado. Huele a gel antibacterial. Y a leche vieja. A leche muerta.

Esa noche, con las luces apagadas, encuentro una nota entre las páginas del himnario.

Dice: “*no dejes que te conviertan en fantasma* —y debajo, con mi letra de niña—: *ella sigue acá*”.



Capítulo 2

A veces pienso que las cosas más importantes no se dicen en voz alta, sino que se deslizan por el aire como un olor que nadie quiere nombrar. Un olor a encierro tibio, a transpiración contenida, a miedo recién lavado. Es el segundo domingo desde que llegué, y la hermana Inés me deja quedarme después de misa para barrer la capilla. Dice que el trabajo limpia el alma, pero yo sé que me lo permite porque no le gusta cómo la miro cuando reparte la comunión, porque cree que en mis ojos hay algo que podría arrastrar a las otras al pecado, como si la maldad fuera contagiosa y yo fuera su portadora. Me da el palo de escoba con el mango astillado y me deja sola, como si confiara en mí, pero se queda en la puerta, parece una sombra con hábito.

La capilla es blanca y está vacía, pero se siente llena. Llena de rezos atrapados, de promesas que no se cumplieron, de niñas que se arrodillaron tanto que les sangraron las rodillas. Los bancos de madera todavía guardan el calor de las piernas. El altar huele a cera, a sangre vieja, a flores falsas. Detrás del vitral, la figura de santa Dymphna me observa con su cara quieta, con esa boca cerrada que no sabe gritar. Yo quiero preguntarle si dolió. Si en el momento justo, cuando su padre le arrancó la ropa, pensó en Dios o en el barro. Si pensó que el martirio tendría sentido después. Pero me quedo callada, porque sé que no hay respuestas en las santas. Sólo hay espejos.

Barro despacio. El polvo se levanta como si supiera que no quiero hacer ruido.

Me acerco al altar como si fuera una herida abierta. Nunca me había fijado en los detalles. Hay flores de plástico marchitas en un jarrón de vidrio que tiene una grieta, como si estuviera por rendirse. Sobre el mantel blanco hay bordado un Cordero con una cruz en la espalda. Está sonriendo. Como si no supiera lo que le espera.

Apoyo la escoba y me arrodillo. No para rezar. Para mirar. Debajo del altar hay una puertita de madera con una cerradura oxidada. No sé por qué, pero la abro. No tiene llave. Nadie me dijo que no lo hiciera. Nadie me dijo que podía.

Adentro hay una caja. De terciopelo bordó, manchado, como si hubiera sangrado. La saco despacio. Pesa. La abro. Está llena de fotos. Fotos viejas. Todas de niñas. Algunas en uniforme. Otras desnudas. Ninguna sonríe. Tienen los ojos tapados con cinta roja.

Una de las fotos me tiembla en los dedos. Es mi hermana.

No estoy segura de que sea ella. Pero lo intuyo por el lunar que se ve en la clavícula. Por la forma en que aprieta las manos sobre el regazo. Por la expresión de alguien que ya fue sacrificada sin haber sangrado todavía.

Trago saliva. Me arde. Cierro la caja. La vuelvo a guardar. No sé si fue real. Tal vez era parte del altar. Tal vez era un castigo. Tal vez fue un sueño del que me olvidé cómo despertarme.

Me incorporo. Siento que alguien me mira. Giro. No hay nadie. Sólo el vitral de santa Dymphna. Pero juro que ahora tiene la cara de mi hermana. O la mía. O una mezcla. No sé.

Me arrodillo frente al altar y apoyo la frente en el mármol frío. Cierro los ojos. Pienso en mi hermana. En cómo se ponía perfume detrás de las orejas antes de ir al colegio. En cómo me acariciaba el pelo cuando me dolía la panza. En cómo me miró, la última vez, con los ojos tan abiertos que parecía estar viendo algo

que yo no podía ver. Nadie me creyó cuando dije que desapareció. Dijeron que se fue. Que se cansó. Que era mayor, que tenía derecho. Pero yo sé lo que vi: su valija estaba ahí. Sus medias, su peine, su cuaderno con dibujos de mujeres con alas. Nadie se va dejando sus alas.

Alguien entra en la capilla. No hace ruido, pero lo siento. Como una vibración en el estómago. Como cuando sabés que te están por gritar antes de que abran la boca. Me doy vuelta. Es ella.

Tiene el camisón más limpio que el de las demás. Pelo negro, recto, lacio como un hilo de agua. No la había visto antes. O tal vez sí, pero no así. Se sienta en el primer banco y me observa. No con lástima, ni con miedo, ni con superioridad. Me mira como si me conociera desde antes. Desde antes de todo.

—¿Vos sos Maggie? —me pregunta, sin moverse.

Asiento. No me acerco.

—Yo soñé con vos —dice.

La frase me atraviesa como una aguja. Siento algo en el pecho. Como una garra suave. Como una memoria que no es mía.

—Estabas vestida de Cordero —sigue—. Pero no tenías ojos.

El aire se espesa. La capilla ya no huele a cera. Huele a tierra mojada. A corral. A saliva animal. Me limpio las manos en el camisón. Me tiemblan un poco.

—¿Cómo te llamás? —le digo.

Ella sonrío.

—Eso cambia todo el tiempo.

La hermana Inés entra de pronto. Con su cara de piedra bendita. La otra chica se levanta y se va sin decir nada más, como si fuera parte del altar, una figura que vuelve a su vitrina. Inés me llama por mi nombre completo. Magdalena. Lo dice como si me estuviera nombrando para exorcizarme. Me entrega una hoja. “Evaluación emocional semanal”. Preguntas como: ¿Te sentís conectada con vos misma? ¿Tuviste pensamientos peligrosos?

¿Querés mejorar? Me da un lápiz sin punta. Me dice que lo piense bien.

Después de cenar, me encierro en mi cuarto y me tapo hasta la cabeza. Quiero soñar con algo suave, con algo tibio, pero sueño con un prado oscuro donde las niñas caminan en fila. Todas están desnudas. Todas sangran por las rodillas. Una lleva una bandeja con mi corazón en el centro. Otra canta. Otra llora. En el medio, un Cordero gigante. Blanco. Limpio. Imposible. Me llama con voz de madre.

—Maggie —dice—. Despertate.

Me despierto con la garganta seca. Con el pijama pegado al cuerpo. Afuera, el canto de las aves negras. Luciana duerme como si estuviera muerta.

Me levanto. Voy al baño. Me miro en el espejo de azulejos rotos. Hay algo escrito con lápiz labial en una esquina. Alguien lo intentó borrar, pero aún se lee.

¿Y si la santa no quería morir?

